

COTARELO Y MORI, Emilio. *Actrices españolas en el siglo XVIII. María Ladvenant y Quirante y María del Rosario Fernández «La Tirana»*. Prólogo de Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid: Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, 2007. (Serie: Teoría y Práctica del Teatro, n.º 27).

COTARELO Y MORI, Emilio. *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*. Estudio preliminar de Joaquín Álvarez Barrientos. Madrid: Publicaciones de la Asociación de Directores de

Escena de España, 2009. (Serie: Teoría y Práctica del Teatro, n.º 31).

Como una aportación destacada al proceso de recuperación que se está llevando a cabo en los últimos años, de la obra de Emilio Cotarelo y Mori (Vega de Ribadeo, Asturias, 1857-1936), la Asociación de Directores de Escena de España ha tenido el acierto de editar estos tres libros del erudito asturiano, que formaron parte de sus «Estudios sobre la Historia del Arte Escénico en España», y que hoy día siguen manteniendo un alto grado de vigencia a pesar del tiempo transcurrido. Si la condición de «raros» bibliográficos que se les puede atribuir, ya justifica plenamente esta iniciativa, la adición de unos magníficos estudios introductorios de Joaquín Álvarez Barrientos, uno de nuestros más destacados historiadores de la literatura de los siglos XVIII y XIX, y el que, sin duda, más y mejor conoce todo lo relativo a los actores de este amplio período, acrecienta todavía más su interés.

El primero, reúne bajo el título *Actrices españolas en el siglo XVIII*, los estudios que Cotarelo dedicó a dos de las más famosas actrices de aquella centuria: a María Ladvenant (*María Ladvenant y Quirante, primera dama de los teatros de la Corte*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1896), y a María del Rosario Fernández «La Tirana» (*María Rosario Fernández «La Tirana», primera dama de los teatros de la Corte*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1897). Y el segundo, reproduce el dedicado al célebre y legendario actor y director de escena Isidoro Máiquez (*Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, Madrid, José Perales y Martínez, 1902).

Como destaca el prologuista, el objetivo de Cotarelo no es escribir un relato biográfico ciñéndose exclusivamente a la personalidad del actor o actriz objeto de estudio, sino reconstruir en base a datos y documentos el marco completo en que desenvuelve su actividad el personaje en cuestión, con lo que en realidad está haciendo

una historia del teatro y de la escena de esa época. Este es el motivo de que estos tres estudios –junto al dedicado a Don Ramón de la Cruz– todavía hoy sean una inagotable fuente de datos y de información sobre el funcionamiento de las compañías teatrales, sobre las obras representadas y sus autores, sobre la organización administrativa de todo lo que rodeaba a los espectáculos escénicos, sobre los precios de las entradas o los sueldos de los actores, y sobre algo fundamental que nadie ha tratado después de él: la composición de las compañías de la Corte desde mediados de siglo hasta 1820, y los datos biográficos y características de la mayor parte de estos actores.

Así pues, en estos estudios, Cotarelo, además de reunir todas las informaciones biográficas existentes sobre los actores tratados, las inserta en el contexto de la época, con lo que, en conjunto, traza la historia del teatro y del arte escénico desde mediados del siglo XVIII hasta 1820: concretamente, de 1759 a 1767 (en *María Ladvenant*), entre 1780 y 1794 (en *María del Rosario Fernández «La Tirana»*), y entre 1794 y 1820 (en *Isidoro Máiquez*). Y como el propio autor señala en el prólogo de este último, para completar la laguna existente entre 1767 y 1780, añadió abundante información en su *Don Ramón de la Cruz y sus obras. Ensayo biográfico y bibliográfico* (Madrid, José Perales y Martínez, 1899).

En el prólogo del primer volumen, titulado «Las actrices de Emilio Cotarelo y Mori», Joaquín Álvarez Barrientos, añade valiosas aportaciones a la biografía de Cotarelo; inserta al erudito en el contexto ideológico y estético en que vivió; dedica especial atención a la modernidad de la metodología que adopta, basada en el valor del documento y en el interés por completar la visión del teatro con otras perspectivas que hoy se consideran pertenecientes a la Historia de la Cultura; y destaca la novedad que supuso en su época el tratamiento de los aspectos materiales de la representación

y el protagonismo atribuido a los cómicos, especialmente a las mujeres, en medio de las sospechas de inmoralidad por sus escándalos amorosos, así como la atención que presta a los progresos que va alcanzando el arte de la declamación con María Ladvenant y, sobre todo, con María del Rosario Fernández «La Tirana», en busca de una mayor naturalidad y adecuación a las emociones y sentimientos del personaje, lo que se denominaba «declamación interior», lejos de los manoteos y excesos gestuales anteriores.

En el estudio preliminar que encabeza el segundo volumen, bajo el título «Emilio Cotarelo, Isidoro Máiquez y la melancolía», Álvarez Barrientos amplía todavía más la biografía de Cotarelo, relaciona el libro sobre Máiquez con el contexto historiográfico en el que nació, y añade un importante y esclarecedor estudio sobre el actor cartagenero en el teatro de su tiempo: primero, vincula su famoso viaje a París en 1799 a la reforma del teatro que se estaba gestando en ese momento y analiza su trascendencia; después, se refiere a su papel de abanderado de la dignificación e institucionalización de la profesión, así como a la significación de su propuesta renovadora en el modo de interpretar, que dio paso a su triunfo en las tablas y a la creación de una escuela que perduró a lo largo del siglo XIX, sin olvidar, su dimensión política, su patriotismo en la Guerra de Independencia y las persecuciones políticas de que fue objeto por su ideología liberal; todo lo cual favoreció posteriormente su mitificación y utilización del personaje con diferentes fines. Por último, estudia a Máiquez como personaje literario, señala la rebeldía y orgullo como rasgos definitorios de su carácter, pero en relación con el momento de transformación y cambio que se estaba produciendo en Europa en esos años. Por eso, considera a Máiquez como un hombre de genio que aspira a su libertad e independencia, más próximo al artista moderno, que es objeto de culto, pero que se siente

frustrado al no conseguir los objetivos que se había propuesto, de donde procede esa acertada imagen de la melancolía con que lo caracteriza.

Como hemos dicho, al margen de los estudios introductorios, estos dos volúmenes son todavía de consulta obligatoria para cualquiera que pretenda adentrarse en la historia del teatro del siglo XVIII, a pesar de que su autor incurriera en errores y haya planteamientos, puntos de vista y enfoques que han sido superados por estudios posteriores, y esto es así por la extraordinaria acumulación de datos y documentos (incluso algunos se transcriben en el cuerpo del trabajo o en apéndice), y las informaciones que aporta sobre archivos y obras que posteriormente desaparecieron y que sólo conocemos gracias a don Emilio. Así, además de las listas de compañías teatrales y datos biográficos de cómicos a que me he referido antes, los listados de obras representadas, como en el caso de *Isidoro Máiquez*, en que se detallan día por día las funciones ejecutadas entre 1793 y 1819; las referencias bibliográficas de las obras que se pusieron en escena; la infinidad de pequeños detalles de la vida cotidiana de actores, dramaturgos y personajes destacados de la época; memoriales, cartas y otros escritos de los propios protagonistas rescatados de los archivos; datos sobre los gastos de las compañías y de la puesta en escena de las obras, etc., etc.

Es una erudición abrumadora. A todos los que nos hemos dedicado en mayor o menor medida a este quehacer investigador, nos ha asombrado tal derroche de información y nos hemos preguntado cómo era posible en aquellos tiempos en que todos estos trabajos eran absolutamente manuales y no existían medios mecánicos de reproducción de documentos, ni mucho menos bases de datos informatizadas, ni procesadores de texto, que alguien tuviera tanta capacidad. ¿Cuántas horas dedicaría Cotarelo a este trabajo callado y oscuro de

«rata de biblioteca»? Porque aunque parece ser concuerda con su personalidad bastante introvertida, esta dedicación es todavía más incomprensible si pensamos en que don Emilio rechazaba el teatro dieciochesco por mediocre y afrancesado, frente al esplendor del teatro del Siglo de Oro, desde un nacionalismo militante, y critica continuamente la vulgaridad de las obras que se ponían en escena y de los dramaturgos que las escribían.

Si tenía tan pobre opinión del teatro dieciochesco ¿qué le mueve a dedicar tanto esfuerzo a su historia? Joaquín Álvarez Barrientos justifica este interés sobre la base de la concepción que Cotarelo tiene del teatro como expresión de «la vida mental de todo un pueblo», y gracias a eso, se ha salvado una buena parte de nuestra cultura, que no entiende de cortes ni de paréntesis temporales, y hoy, que tenemos otra forma de entender los fenómenos históricos y culturales, podemos todavía, partiendo de su aportación fundamental, completarla y terminarla.

En definitiva, tres obras fundamentales para la historia del teatro español, con excelentes estudios preliminares y abundantes ilustraciones, que se ponen al alcance de todos los amantes del teatro.

Jerónimo Herrera Navarro